

Revista chilena de historia social popular


REVUELTAS

SANTIAGO, CHILE | NÚCLEO DE HISTORIA SOCIAL POPULAR
AÑO 05 | NÚMERO 09 | JULIO 2024 | ISSN 2452-5707

ARTÍCULOS

En la encrucijada: El anarquismo chileno y sus esfuerzos organizativos durante la década de 1940

At the crossroads: Chilean anarchism and its organizational efforts during the 1940s

Eduardo Godoy Sepúlveda
Doctor en Historia USACH
Universidad de Santiago de Chile
Universidad Diego Portales
Santiago de Chile, Chile
✉ eduardo.godoy@usach.cl
 [0009-0002-8281-3111](https://orcid.org/0009-0002-8281-3111)

Recibido: 10 de junio 2023
Aceptado: 03 de diciembre 2023

Resumen: En el siguiente artículo se abordan las discusiones y problemáticas que aquejaron al anarquismo criollo, así como los esfuerzos doctrinarios, organizativos y aglutinadores desplegados por sus militantes durante la década de 1940 para evitar el aislamiento, en un contexto caracterizado por el avance político y sindical de los partidos de izquierda (el comunista y socialista) y sus propuestas de transformación social “estadocéntricas”. Mediante la revisión de la prensa anarquista de la década de 1940 (La Protesta, Vida Nueva, Germen, Liberación, Tierra y Libertad y del Boletín Interno para los Militantes Confederales y Libertarios), se aborda dicho proceso que se vio truncado por la dictación de la Ley Maldita en 1948 y la persecución del movimiento obrero.

Palabras claves: anarquismo, anarcosindicalismo, debacle, organización, sindicalismo.

Abstract: The following article deals with the discussions and problems that afflicted Creole anarchism, as well as the doctrinal, organizational and unifying efforts deployed by its militants during the 1940s to avoid isolation, in a context characterized by the political and union advancement of the left-wing parties (the communist and socialist) and their “state-centric” proposals for social transformation. Through the review of the anarchist press of the 1940s (La Protesta, Vida Nueva, Germen, Liberación, Tierra y Boletín Interno para los Militantes Confederales y Libertarios), this process is addressed, which was truncated by the dictation of the Cursed Law in 1948 and the persecution of the labor movement.

Keywords: anarchism, anarcho-syndicalism, debacle, organization, syndicalism.

Introducción

Desde el triunfo del Frente Popular en 1938, el anarquismo criollo comenzó a perder protagonismo en la escena pública y por contrapartida los principales partidos de izquierda, el comunista y socialista, tuvieron una mayor injerencia en el mundo político y sindical. La irrupción de la alianza de centro-izquierda reconfiguró un panorama distinto para los anarquistas y anarcosindicalistas locales marcado por la consolidación de sus propuestas estadocéntricas. De este modo, la marginación del universo anarquista estuvo relacionada con su poca flexibilidad para actuar en contextos donde el Estado y sus instituciones socio-laborales y políticas tuvieron un gran protagonismo, ya que el Frente Popular no sólo buscó frenar el avance de la derecha desde el punto de vista electoral, sino también industrializar el país a través de un modelo de desarrollo que tuvo como fin último la democratización social y la ampliación del consumo (Moulián, 2009).

A inicios de la década de 1940, el movimiento anarquista llevó a cabo lapidarios balances respecto de su dispersión y, en particular, de la destrozada situación que vivía la anarcosindicalista Confederación General de Trabajadores (CGT), fundada en 1931, que aún seguía operando en la escena sindical, apostando por la autonomía obrera y la acción directa. Se verificó, por consiguiente, un fenómeno doble dentro de las filas anarquistas: por una parte, disminuyó su militancia desde el punto de vista cuantitativo; y por otra, desplegaron ingentes esfuerzos para reconstruir y reposicionar al alicaído movimiento libertario criollo (Muñoz, 2013, pp. 75).

La década de 1940 presenciara, la desorientación y marginación paulatina del anarquismo en el movimiento de trabajadores pese a la influencia que mantuvieron, de manera más o menos regular, los miembros de Federación Nacional del Cuero (FONACC), de la Unión en Resistencia de Estucadores (URE) y de la Federación Obrera de Imprenta de Chile (FOIC), columnas vertebrales de la CGT (Peña, 2014, pp. 86).

Lo primordial para los anarquistas durante estos años era seguir manteniendo la autonomía, lo que significaba en la práctica alejarse de la nociva injerencia de los partidos políticos (Liberación, 1º quincena de noviembre de 1940, p. 3). Sostenían que los sindicatos eran incompatibles con los éstos ya que operaban al margen de las funciones productivas (Vida Nueva, 2 de Agosto de 1941, p. 2). Pero no sólo eran críticos del accionar de los partidos políticos, sino también del sindicalismo-estatal, al que calificaban de “degenerado” y el cual, a su entender, no podía cumplir con las finalidades de emancipación dadas sus “autoritarias y verticales estructuras organizativas” (Vida Nueva, 2 de Marzo de 1940, p. 3). Eran de

este modo, los anarquistas y anarcosindicalistas, y sus organizaciones, los llamados a destruir a la sociedad capitalista/burguesa y los pilares que lo sustentaban.

La historiografía sobre el anarquismo local y el periodo en cuestión, la década de 1940, se ha ido ampliando poco a poco en los últimos años ya que ésta se concentró durante mucho tiempo en la transición del siglo XIX al XX, es decir, en su “etapa heroica” (Godoy, 2016). Sin embargo, desde el año 2001, se han llevado a cabo investigaciones que exceden dicha temporalidad, en las cuales se ha incursionado en los derroteros del anarquismo criollo para el período posterior a la década de 1930. Tal es el caso de las investigaciones de Antonio Lagos (2001), Pamela Quiroga (2005, 2014), Sebastián Allende (2013), Víctor Muñoz (2013), Carlos Reyes (2017), Raúl Lizama (2020) y Eduardo Godoy (2014b, 2020), por mencionar algunos ejemplos.

El historiador Víctor Muñoz (2013, pp. 58), en lo particular, ha planteado -distanciándose de aquellos que consideran el año 1931 como hito de defunción del anarquismo criollo-, que los libertarios locales vivieron un proceso “paradojal” que denomina de “crisis hacia afuera y auge hacia adentro”, lo cual significaría que “entre 1931 y 1943, aproximadamente, el anarquismo y el anarcosindicalismo se desarrollaron internamente como nunca antes en el país, pero su influencia hacia el resto de la sociedad fue mucho menor que en períodos anteriores”. Dicho apogeo se verificó, según el autor, en la consolidación del anarcosindicalismo, en la multiplicación de sus iniciativas culturales, la diversificación de luchas y la irradiación de sus actividades en todo Chile. Pero ¿en qué decantó este proceso?

Por nuestra parte, sostenemos que desde el año 1939 la crisis multidimensional del anarquismo y anarcosindicalismo criollo comenzó a agudizarse, pese al breve periodo (¿estertor?) de apogeo destacado por Muñoz (1931-1943). Producto de esta situación, sus militantes llevaron a cabo múltiples iniciativas para evitar su aislamiento dentro del mundo sindical y social, enfrascándose en querellas, disputas y discusiones internas que acentuaron, por contrapartida, aun más su dispersión y fragmentación.

¿Qué balances realizaron los propios anarquistas de su crisis interna?, ¿Cuáles fueron las discusiones y disputas que llevaron a cabo sus militantes durante la década de 1940?, ¿Qué prácticas concretas implementaron para evitar el aislamiento? ¿Qué resultados tuvieron? Son algunos de los interrogantes que abordaremos a continuación a partir de la revisión y análisis de la prensa anarquista del período en cuestión: *La Protesta*, *Vida Nueva*, *Germen*, *Liberación*, *Tierra y Libertad* y del *Boletín Interno para los Militantes Confederales y Libertarios*. Sólo resta señalar que se busca entregar nuevos antecedentes respecto de la marginación de los anarquistas dentro del movimiento sindical, considerando no

sólo sus discusiones a nivel interno, sino también sus esfuerzos organizativos para evitar la diáspora en un contexto caracterizado por el auge de la “ideología estatista” (Muñoz, 2013, pp. 75).

Los debates en torno a la debacle

A inicios de diciembre de 1940, los editores del periódico *Liberación*, órgano de difusión de la alicaída CGT, hacían alusión a la difícil situación organizativa por la que atravesaba la central sindical, otrora con núcleos activos en casi todas las grandes ciudades de Chile. Sostenían que el principal problema se relacionaba con el hecho de que los anarcosindicalistas siempre actuaban “a la desbandada” y sin otro lazo de unión que la ideología (*Liberación*, 1° Quincena de Diciembre de 1941, p. 1). A lo anterior se sumaba la dificultad que tenían para formar nuevas generaciones de propagandistas (*Germen*, Mayo de 1946, p. 12).

De este modo, y con la finalidad de potenciar la organización, a través de las páginas de *Vida Nueva*, la CGT hizo un llamado a los trabajadores del campo y la ciudad a “reconocer filas” en la central sindical. Citaban el adagio de la I Internacional, aquel que señalaba que “la emancipación de los trabajadores tenía que ser obra de los trabajadores mismos”, lo que en la práctica significaba que los organismos sindicales debían estar formados y dirigidos por “auténticos” trabajadores, fueran éstos intelectuales o manuales (*Vida Nueva*, 20 de Julio de 1940, p. 6). Según los anarquistas para salir del “marasmo” era preciso reorganizar, “engrandecer”, a la CGT, y así evitar el aislamiento en el mundo obrero. Había que volver a posicionar a la corriente anarcosindical cuya acción debía operar “desde las bases”, confiando en la iniciativa y voluntad popular y, organizando a los trabajadores, de abajo hacia arriba y de lo individual a lo colectivo (*Liberación*, 1° Quincena de Noviembre de 1940, p. 3).

Desde 1936, la principal enemiga sindical de la CGT, era la Confederación de Trabajadores de Chile (CTCh) y su colaboracionismo con las políticas frentepopulistas emanadas de la III Internacional. Según los anarcosindicalistas, en su trayectoria la organización libertaria había tenido que enfrentar las maniobras de los dirigentes sindicalistas de la CTCh fundada como “apéndice de la combinación política” de los partidos de izquierda (*Liberación*, 2 de Enero de 1941, p. 3).

Pero más allá de las declaraciones en la prensa libertaria, el anarquismo y anarcosindicalismo criollos estaban perdiendo influencia social y aún no lograban sobreponerse de la represión de Ibáñez del Campo (1927-1931) y del rudo golpe que le propinó la implementación de legislación socio-laboral, la sindicalización legal y la arremetida de la izquierda en el mundo sindical durante las

décadas de 1920-1930 (Liberación, 2 de Enero de 1941, p. 3). Es por este motivo, que durante los años '40, la principal tarea de los grupos anarcosindicalistas e individualidades anarquistas en Chile se abocó a recomponer a la CGT y desde esa base material, concreta, como sostuvieron, ampliar las posibilidades del espectro libertario y, de este modo, poder incidir en otros espacios de lucha (Liberación, 1° Quincena de Octubre de 1940, p. 3).

Con dicha finalidad, en diciembre de 1940, el anarquista Floreal Ramírez llamó a través de las páginas del periódico Liberación a realizar una conferencia nacional de militantes para articular al alicaído movimiento sindical libertario. Según sus planteamientos, la “consolidación de grupos doctrinarios” permitiría potenciar a la corriente anarcosindical (Liberación, 1° Quincena de Diciembre de 1940, p. 3).

Dos meses más tarde, se llevó a cabo en la ciudad de Santiago una conferencia de militantes de la CGT, instancia en la que crearon un Comité Relacionador que tuvo como finalidad preparar un congreso en pos de la constitución de una Federación Anarquista de Chile, es decir, una instancia articuladora de los militantes a nivel nacional. El contexto era adverso ya que las propuestas políticas estadocéntricas, sobre todo al interior del mundo sindical, comenzaron a ser hegemónicas. Para materializar sus propósitos, el Comité Relacionador publicó un manifiesto dirigido a los grupos e individualidades del norte y del sur del país con el objeto de propiciar la unión de los anarquistas en Chile. El secretariado que operó hasta la realización de congreso quedó compuesto por los anarquistas Héctor Aguilera, Gumercindo Poblete, Gilberto Cordero, Humberto Jeria y Manuel Góngora (Tierra y Libertad, Enero de 1944, p. 3).

Durante el mes de mayo de 1941, los editores del periódico Vida Nueva insistieron en la necesidad de constituir una Federación Anarquista de Chile y, por ende, concretar la realización del congreso nacional en pos de la “unidad orgánica”, apoyando la iniciativa promovida desde finales del año anterior por Floreal Ramírez (Vida Nueva, 24 de Mayo de 1941, p. 1). Para los anarquistas de la ciudad de Osorno era, precisamente en la capital, en la cual la militancia estaba “más desorientada”, por lo tanto, las provincias y regiones debían tomar la iniciativa para evitar el colapso. Argüían que se necesitaba crear una Federación Anarquista que agrupara no sólo a los simpatizantes, sino también a los profesionales e intelectuales que “sintieran” las ideas. Es más, para los anarquistas sureños se precisaba un movimiento doctrinario que rebasara los límites obreristas abarcando sectores que “hasta hoy sólo han participado en luchas de carácter político” (Vida Nueva, 5 de Julio de 1941, p. 5). El llamado era amplio y excedía los perimidos marcos que imponían clase, al igual que la nación y el género. Finalizaban haciendo alusión a la responsabilidad de las provincias en la orientación del movimiento

anarquista criollo -ya que “los elementos santiaguinos no han podido ponerse de acuerdo hasta hoy para canalizar un movimiento de esta magnitud” -, pero también, al rol que jugaría Vida Nueva en dicho proceso de rearticulación y, en particular, en la celebración del congreso en ciernes (Vida Nueva, 5 de Julio de 1941, p. 5). Es por este motivo que, a través de las páginas del periódico Vida Nueva, editado y publicado en Osorno, se inició un fecundo debate en torno a las diversas propuestas organizativas y formas de entender el anarquismo por parte de los distintos grupos libertarios e individualidades del territorio nacional. El propósito era clarificar conceptos y debatir, como sostuvo Montoya, el director del periódico, en la prensa libertaria. Para éste, había llegado el momento de “planear algo serio” y “superar el romanticismo doctrinario, para entrar en un período de profundas realizaciones orgánicas y transformistas” (Vida Nueva, 19 de Julio de 1941, p. 5).

En la edición del 19 de julio de 1941 del periódico Vida Nueva, Juan Segundo Montoya señalaba a que era necesario “empezar a deliberar”, en vísperas de la realización del congreso entre los grupos e individualidades libertarias “sobre el tipo de organización que más cuadra con la doctrina anarquista”. Para tal fin hizo circular una pequeña encuesta en relación a tópicos que a su entender debían estar presentes en la tabla a debatir en el congreso que se celebraría en septiembre de 1941 y que, por ende, serviría “para dar vida a un organismo auténticamente anarquista” (Vida Nueva, 19 de Julio de 1941, p. 5). Las preguntas elaboradas por Montoya fueron las siguientes:

1° ¿El anarquismo debe contar con una plataforma de organización para antes y después de la revolución?

2° ¿Qué medio debe emplear el anarquismo para crear una mística revolucionaria en el corazón del pueblo?

3° ¿Es compatible el anarquismo con el anarcosindicalismo?

4° ¿El anarquismo ha de concretar su labor organizadora únicamente a los medios obreros, o es necesario que se abarque a otros sectores que también son explotados por la sociedad capitalista?

De igual forma, insistía en la necesidad de que participaran la “mayoría” de los anarquistas del país en pos de la reorganización del movimiento (Vida Nueva, 19 de Julio de 1941, p. 5). El primero en responder la encuesta elaborada por Montoya, fue Juan Iber de la ciudad de Viña del Mar, el cual compartía con Montoya,

la necesidad de conformar desde el punto de vista práctico una “organización cimentada”, con cuadros militantes y normas, que les permitiera a los individuos agruparse en función de la afinidad y actuar en sus propios medios de forma autogestionada. Planteaba que había que conformar organizaciones “específicas”. Sostenía asimismo, que había que exceder los espacios obreros y los sindicatos; y si bien reconocía la importancia de participar en ellos, establecía, asimismo, que la propaganda libertaria “deberá penetrar en todas partes y en todos los medios”. Para Iber, el anarquismo no debía organizarse exclusivamente a base de obreros, al contrario, se debía rechazar el obrerismo pregonado por las corrientes marxistas y por los militantes de algunos círculos libertarios (Vida Nueva, 2 de Agosto de 1941, p. 5).

Desde el sur de Chile, el anarquista Roberto Julio oriundo de la ciudad de Lautaro, también respondió la encuesta elaborada por Montoya. Poco a poco el llamado logró el efecto deseado, el intercambio de ideas en torno a lo organizativo a través del periódico libertario Vida Nueva. Para Julio el anarquismo debía “buscar medios individuales y colectivos con el fin de ver pronto plasmadas sus aspiraciones estableciendo la futura sociedad, sin gobernantes ni gobernados, sin explotados ni explotadores, es decir con toda la extensión de la palabra, la Sociedad Anarquista”. Para tal fin, era necesario partir socializando las ideas anárquicas, darlas a conocer al “pueblo” e ir creando, poco a poco, una “mística” en base a su “programa inmediato” y la “estructura social que preconiza” (Vida Nueva, 2 de Agosto de 1941, p. 5). Respeto de la pregunta de Montoya referida a la compatibilidad entre anarquismo y anarcosindicalismo, Julio señalaba que no había contradicción entre dichas corrientes, por el contrario, según sus planteamientos, eran “compatibles”, puesto que la estructura orgánica del anarcosindicalismo le facilitaba al anarquismo su realización en el terreno económico (Vida Nueva, 2 de Agosto de 1941, p. 5).

En el otro extremo del país, en el norte de Chile, las organizaciones anarquistas de la provincia de Antofagasta desarrollaron durante la década de 1940 una activa labor organizativa y participaron en el debate promovido por Montoya. Las agrupaciones Pascual Vuotto, de la Oficina Pedro de Valdivia, Tierra y Libertad de Chuquicamata y la Agrupación Anarquista de la Oficina Alianza descollaron en activismo (materializado en huelgas) y compromiso político. Según los anarquistas de la zona salitrera, el Congreso Anarquista además de dar “contenido doctrinario” a la Federación Anarquista de Chile, debía acordar pocas “tesis”, reafirmando de distintas “maneras y formas” las ya convenidas en otras reuniones continentales siempre y cuando fueran aplicables a la realidad local (Vida Nueva, Osorno, 6 de Agosto de 1941, p. 2).

Otro de los anarquistas que participó en el debate antes de la realización del congreso de unificación, fue el español avecindado en Chile, Miguel Tascón que insistió en la necesidad de trabajar de forma mancomunada, ininterrumpida y, exclusivamente, dentro del campo libertario. Señaló al respecto: “Pienso en la inutilidad de tantos congresos celebrados en Chile y en los tantos hombres de nuestro campo ideológico que han claudicado, convirtiéndose muchos en enemigos del anarquismo y otros en meros espectadores o reformistas” (Vida Nueva, 30 de Agosto de 1941, p. 4). De igual modo, hacía hincapié en que la organización anarquista debía ser federalista. Para Tascón: “una Federación no es más que una constante relación y colaboración coordinadora de la labor de los anarquistas, que no obedecen a directivas de ninguna especie, que actúan libre y coordinadamente (Vida Nueva, 30 de Agosto de 1941, p. 4).

La reorganización en la práctica

El secretariado del Comité Relacionador operó desde su creación, en el mes de febrero de 1941, hasta la realización del congreso que se celebró los días 19, 20 y 21 de septiembre. Los temas a discutir en el torneo estuvieron de antemano definidos y buscaron propiciar el debate poniendo en común una amplia gama de inquietudes y problemáticas que aquejaban al anarquismo criollo durante la década de 1940, tales como el estrepitoso aislamiento que estaba viviendo dentro del mundo de los trabajadores, la dispersión y la “indisciplina” de sus militantes, así como la “laxitud doctrinaria” que algunos dirigentes anarcosindicalistas, según los anarquistas de regiones, exhibían los de Santiago. Lo que se buscaba en lo concreto, era discutir conceptos y prácticas, estableciendo ciertos consensos entre los diversos grupos e individualidades asistentes a la reunión.

Los miembros del Comité Relacionador que llevaron adelante la realización del congreso buscaban, asimismo, la construcción de un piso común, previamente discutido y socializado por la militancia, para constituir una organización con posibilidades de incidencia en la esfera sindical y política en el exterior y cohesionada desde el punto de vista interno, respetuosa de las agrupaciones autónomas. Pero más importante aún, sostenían, había que combatir los personalismos y la egolatría, los “odios personales”, para crear una organización revolucionaria con una amplia capacidad de convocatoria (Vida Nueva, 30 de Agosto de 1941, p. 6).

Con ese espíritu participaron en el congreso delegaciones de grupos libertarios provenientes de diversas ciudades y localidades del país. También individualidades a título personal oriundas de provincias (Vida Nueva, 13 de Septiembre de 1941, p. 5).

Para poner en práctica las ideas libertarias, los congresistas sentaron las bases organizativas para la creación de la Federación Anarquista de Chile (FACH) estableciendo un cuerpo representativo a nivel nacional. En su declaración de principios sostuvieron que la “anarquía” era la forma “más elevada de todas las concepciones del pensamiento humano” puesto que tendía a la emancipación “integral” de los individuos en sus diversas y variadas expresiones (Vida Nueva, 6 de Diciembre de 1941, p. 4). Para los congresistas que dieron vida a la FACH, el desenvolvimiento de los individuos obedecía a su condición natural de seres humanos y, por ende, promovía el desarrollo máximo de sus facultades siempre en tensión con la autoridad y expresada de múltiples formas. Es por este motivo que adoptaba el modelo federativo desde el punto de vista organizacional, partiendo de lo simple a lo complejo, de lo individual a lo colectivo. En lo concreto, los individuos podían organizar grupos, aconsejar a sus componentes, orientarlos de acuerdo a sus capacidades, pero jamás imponerse “convirtiendo sus ideas en mandato” (Vida Nueva, 6 de Diciembre de 1941, p. 4).

A partir de las concepciones antes señaladas, los asistentes al congreso llegaron a la conclusión de que el “sindicato” orientado por los anarquistas era una “herramienta de liberación económica y social” que no podía ser desdeñada. Para los congresales, el “sindicalismo” era el “trust de los trabajadores organizados frente al trust patronal”. En consecuencia, señalaban, “los anarquistas que por motivo de trabajo tengan que participar en los sindicatos, deben tratar de darle una orientación que responda a los fines del anarquismo” (Vida Nueva, 13 de Septiembre de 1941, p. 5).

Luego de las deliberaciones se conformó la Federación Anarquista de Chile por 22 individualidades y las siguientes organizaciones: Tierra y Libertad (Chuquicamata), Agrupación Pascual Vuotto (Oficina Pedro de Valdivia), Grupo Lux (Antofagasta), Agrupación de Osorno (Osorno), Grupo Amor y Libertad (Rancagua), Grupo Enrique Arenas (Valparaíso) y los Grupos Superación, Los Afines, El Sembrador y La Legua de Santiago (Tierra y Libertad, Enero de 1944, p.). Pese a la poca concurrencia (en relación a las expectativas), la prensa libertaria calificó la celebración del torneo como un “éxito”. De hecho, inmediatamente comenzó a articular una red con grupos organizados en las ciudades de Iquique, Antofagasta, Valparaíso, Viña del Mar, Santiago, Rancagua, Talca, Chillán Concepción, Temuco, Osorno e individualidades en casi todas las provincias de Chile (Vida Nueva, 25 de Octubre de 1941, p. 1).

Los editores de Vida Nueva, desde la fundación de la FACH, comenzaron una campaña sistemática en pos del “adoctrinamiento” de los cuadros sindicales con la finalidad de combatir las “desviaciones” de “ciertos elementos” que “destacaban como dirigentes de algunos gremios” y, cuya principal característica, según

los anarquistas de Osorno, era su falta de “convicciones”. De este modo, la labor de los grupos específicos, al amparo de la FACH, era dar a los cuadros sindicales de la CGT “contenido finalista y doctrinario”, en especial, en la ciudad de Santiago (Vida Nueva, 11 de Octubre de 1941, p. 1). Para los anarquistas del sur, dicha labor era urgente, ya que la CGT había comenzado a perder gremios, especialmente en la capital, producto de la intromisión de sindicalistas comunistas y socialistas en su interior que sólo “miraban” el “problema social” con “el estómago” y a través de “sus intereses partidistas”. En lo particular, se acusaba a “sectores políticos” del gremio de los estucadores de haber conseguido después de años de “intrigas” desviar la “orientación libertaria” de la organización, lo cual constituía un duro golpe para el universo anarquista, ya que la URE (los obreros de la construcción) era uno de los bastiones del anarcosindicalismo en Chile desde comienzos del siglo XX (Vida Nueva, 13 de Septiembre de 1941, p. 6). Eran, de este modo, los estucadores anarcosindicalistas de provincias, los llamados a “enmendar” el rumbo de la organización y, en consecuencia, “inocular la sabia revolucionaria y doctrinal del anarquismo” (Vida Nueva, 11 de Octubre de 1941, p. 3). Para los militantes de Osorno “Santiago no era Chile”, por ende, invitaban a luchar “contra los vacilantes y demagogos”, ya que “el anarquismo se encargará de dar al sindicato la orientación definida” (Vida Nueva, 13 de Septiembre de 1941, p. 6).

Dos de los anarquistas santiaguinos increpados por sus pares sureños fueron Luciano Morgado y Ernesto Miranda. Este último, jugará un rol importante dentro del movimiento libertario en Chile hasta su muerte en 1978. Lo derroteros políticos de Morgado serán más controversiales, ya que durante los agitados años de la Unidad Popular (1970-73) militará en una organización de extrema derecha, Patria y Libertad, cuya principal característica será su acentuado anticomunismo constituyéndose como el grupo de choque de los golpistas de 1973. La acusación era que ambos “negaban” al anarquismo su “capacidad constructiva” y, en consecuencia, se les atribuía la responsabilidad de la “desviación” de la CGT en la capital. Estas acusaciones irán, poco a poco, horadando los esfuerzos unificadores de los anarquistas ya que se generarán profundas tensiones, desconfianzas y acusaciones mutuas, que seguirán estando presentes una década más tarde. Desde ya, comenzaban a perfilarse las dos tendencias predominantes que emergerán con fuerza en los años 50. Por una parte, una facción que reivindicará un sindicalismo revolucionario de carácter laxo, pragmático y heterodoxo, que desdeñará el componente ideológico (el “purismo”) y, por otra, un grupo de militantes que buscará construir una corriente anarcosindicalista homogenizada, compacta, desde el punto de vista doctrinal y en tensión con los límites impuestos por la institucionalidad, pero aislada del mundo sindical y social (Godoy, 2020).

La Unión en Resistencia de Estucadores de la ciudad de Concepción, adherida a la CGT, tomó la iniciativa y respondió al llamado de sus correligionarios del sur austral. En asamblea acordaron rechazar toda “unidad orgánica” con “fracciones politiqueras” y solicitó organizar el secretariado en la capital penquista “con el objeto de desligar por completo al gremio de la influencia malsana de elementos politicastros” (Vida Nueva, 11 de Octubre de 1941, p. 6). Sin embargo, el gremio ya estaba fracturado, y sus conflictos y disputas internas, eran expresión de la decadencia y desorientación del anarcosindicalismo local, que se arrastrarán hasta su paulatina marginación en las décadas siguientes.

El día 7 de diciembre de 1941, se realizó la primera concentración pública de la FACH en la ciudad de Santiago en el local de la CGT. A ella concurrieron delegados del centro y sur del país con el objetivo de fijar la posición del movimiento anarquista de Chile en relación a los problemas nacionales e internacionales que con mayor crudeza gravitaban sobre la precaria situación de los trabajadores manuales e intelectuales. La tarea de los militantes era, de este modo, ampliar las bases del movimiento libertario evitando perder terreno dentro del mundo de los trabajadores y de los movimientos sociales (Vida Nueva, 22 de Noviembre de 1941, p. 5).

Los primeros días de enero de 1942, se efectuó el tan esperado Congreso “Extraordinario” de la CGT en la ciudad de Talca, en el que se buscó limar las asperezas de las dos posiciones que habitaban en su interior y que a la larga se volverían a enfrentar dentro del mundo sindical libertario en las décadas siguientes. Por una parte, aquella que buscaba reafirmar y “salvaguardar” los “principios” de la organización anarcosindical y, por otra, la que insistía en la necesidad de crear un “partido sindicalista”, como el que había fundado el ex anarquista, y varias veces Secretario Nacional de la CNT, Ángel Pestaña en España. Esta última facción estaba encabezada por Ernesto Miranda y otros dirigentes cegetistas oriundos de Santiago. De este modo, podemos señalar, que en este importante congreso no sólo se enfrentaron dos formas distintas de concebir las ideas y prácticas libertarias (puristas versus laxos), sino también las bases de provincias contra las dirigencias de la capital (centro versus periferia).

Después de acaloradas discusiones, se salvaguardaron los principios fundantes de la CGT, ya que la mayoría de los delegados de provincias condenaron la “actuación desquiciante y confusionista de aquellos elementos que desde hace tiempo vienen socavando la estabilidad orgánica del movimiento cegetista en la capital”. Asimismo, se reafirmaron los principios anti-guerreros de la organización condenando el actuar de los países “totalitarios”, pero también el de las “potencias democráticas” (Vida Nueva, 24 de Enero de 1942, p. 1).

En relación a la política nacional, los delegados asistentes al congreso, después de una “serie de consideraciones” llegaron a la conclusión de que la CGT debía permanecer al margen de las luchas electorales y, por contrapartida, apostar por solidificar el movimiento sindical eliminando la influencia de los partidos políticos en el mundo del trabajo mediante la generación de una “consciencia revolucionaria en el seno del pueblo” (Vida Nueva, 24 de Enero de 1942, p. 1).

Pero el congreso de enero de 1942 no fue el único. Durante ese mismo año se efectuaron dos reuniones más de la CGT, ambas con fines unificadores, lo cual da cuenta de la dispersión de la militancia anarcosindicalista y de los esfuerzos por contrarrestarla. Desde el 27 al 29 de junio, se concretó, en la ciudad de Concepción, la Séptima Convención Nacional de la central y, meses después, en octubre, anarquistas y anarcosindicalistas de nuevo se reunieron para potenciar a “la organización madre y mejorar la forma de relación y coordinación nacional de los libertarios” a través de una Conferencia Nacional (Muñoz, 2013, pp. 128).

Durante el período que comprenden los años 1944-1949 se verificó un claro retroceso de la CGT tanto en su vida interna como externa que “vanamente intentaba ser conjurado por los gráficos de la FOIC, columna vertebral por aquellos años de la central” (Muñoz, 2013, pp. 129). El anarquista Félix López, a comienzos de 1944, escribió un lapidario artículo en el que abordó sin tapujos la crítica “situación del movimiento libertario” en Chile que, según sus palabras, no “pasaba desapercibida”. Según López, la decadencia del anarquismo respondía al rol de los partidos de izquierda al interior del mundo sindical y a la desidia de la juventud libertaria, que estaba “ausente” de las luchas obreras (Tierra y Libertad, Enero de 1944, p. 4).

Los anarcosindicalistas y anarquistas que se refirieron durante esos años a la crisis del sindicalismo sostuvieron que el movimiento obrero chileno carecía de “orientación revolucionaria”, y el período de “atonía” y “desesperanza” por el cual atravesaba se debía, en lo fundamental, a las “nefastas consecuencias” de la intromisión de los partidos políticos en la esfera laboral, pero al mismo tiempo, como consecuencia de la “desenfrenada carrera mejorativista (sic) y corporativa, sin finalidad moral alguna, de los núcleos no mediatizados aún por los políticos” (Germen, 1 de diciembre de 1945, p. 3).

De este modo, y como consecuencia de la progresiva desintegración de la CGT y la “arbitraria fragmentación” del movimiento sindical “influenciado por el anarquismo”, se creó un Comité Sindical de Organizaciones Libertarias, durante el mes de febrero de 1946 que, no obstante, sus loables propósitos, al poco andar, manifestó su incapacidad para reagrupar orgánicamente a los anarquistas dispersos, elaborar una plataforma de acción, planificar una campaña de propaganda

y crear un órgano relacionador con la misión de “ejecutar la acción directiva y coordinar las múltiples actividades a través del país” (Germen, 1° de Mayo de 1946, p. 3). Lo anterior respondía, según los miembros del grupo editor del periódico *Germen*, a que los estucadores, en lo particular, seguían reducidos a una lucha gremial, “esterilizados bajo el punto de vista ideológico en una agotadora lucha interna con los comunistas”. Los obreros del cuero oficiaban “en capilla propia” con un “terrible temor a la palabra libertario”. La FOIC estaba reducida a “una pura y alquitarada acción gremial, proclamando su filiación libertaria y obrando como el más acéfalo organismo reformista” y las pequeñas organizaciones (de ladrilleros, pintores, panaderos, entre otros) actuaban aisladamente sin un proyecto claro y definido (Germen, 1° de Mayo de 1946, p. 3).

En general, el sindicalismo en Chile se caracterizó durante la segunda mitad de la década de 1940 por su descomposición que, por lo demás, afectó no sólo al universo libertario. En 1946 se dividió la CTCh, la central que habían creado diez años antes comunistas y socialistas, y cuyas expectativas, a decir de Francisco Peña (2014, pp. 92) “habían arrimado a un gran número de trabajadores a sus filas, quienes confiados en el proyecto político del Frente Popular le entregaron su irrestricto respaldo”. Para Lugano Baeza, la “fragmentación” del sindicalismo, se debía en lo particular a la “nefasta tutela” ejercida por los partidos políticos, pero también era consecuencia de la propia incapacidad de la organizaciones anarcosindicalistas para formar nuevas generaciones de militantes. En tanto responsable, la CGT, era la llamada a “salvar” el sindicalismo realizando una “campana de coordinación” de actividades “no para lanzarse a una torpe lucha de mejoramiento de salarios” sino, más bien, para lograr la “rearticulación del mundo sindical” (Germen, 1° de Mayo de 1946, p. 3).

En este sentido, fueron los gremios de imprentas y del cuero, los primeros en acusar recibo de las inquietudes del grupo *Germen* buscando “sacar de su larga postración” a la central sindical a través de un nuevo intento de reorganización. Para tal efecto, comenzaron a llevar a cabo giras de propaganda a lo largo de Chile y se pusieron en contacto por correspondencia con diversas agrupaciones, lo que desembocó en la creación de un Consejo Nacional Provisorio, hecho que demuestra el desorden administrativo y la dispersión militante en la que estaba sumida la organización. La misión de dicho consejo era “reunir a la militancia” y relacionar a los “núcleos organizados” del país estableciendo una “plataforma de trabajo preliminar” y fijando una fecha en pos de la realización de una Conferencia Nacional en la cual se debían definir objetivos claros de acción (Germen, Noviembre de 1946, p. 1).

La Conferencia de Militantes Libertarios de 1947

Finalmente la Conferencia de Militantes Libertarios, de la CGT, se efectuó el mes de enero de 1947, en la ciudad de Santiago, a la cual acudieron delegaciones de todo el país, pese a la ausencia de muchos núcleos cuya asistencia era, sino indispensable, por lo menos necesaria, para que los acuerdos tomados tuvieran como fundamento el anhelo de todo el espectro libertario a nivel nacional. Desde la ciudad de Talca, Juan Segundo Montoya (en 1942 emigró de Osorno a la ciudad de Talca) participó en la comisión que tuvo como misión el Estudio de las causas que originaron el receso de nuestro movimiento en la que, además, lo acompañaron Pedro Nolasco Arratia, Efraín Oliva, Emiliano Guerrero, Daniel Reyes y Hernán Cubillos. La comisión que analizó El panorama sindical chileno estuvo compuesta por Leopoldo Conejeros, Wenceslao Canales, Óscar Cabrera, Dagoberto Suazo y Gregorio Ortúzar. Y la última comisión, en la que se abordaron “Las proyecciones para robustecer en todos los aspectos a nuestra organización”, quedó conformada por Ricardo Sánchez, José Escalona, Froilán Ortiz, Luis Mella y Pedro Guzmán.

El grupo de trabajo en el que participó Juan Segundo Montoya realizó un análisis concienzudo y detallado de las causas internacionales y nacionales que provocaron la debacle del anarquismo y anarcosindicalismo en Chile. En relación a las causas internacionales, la comisión señaló que los bolcheviques se habían “aprovechado” del proceso revolucionario en Rusia, en 1917 y, en consecuencia, llevaron a cabo una “penetración” en organizaciones de otros sectores imponiendo sus “tácticas”. Ellos eran, según los miembros de la comisión, los causantes de las disputas y rencillas “maquiavélicas” al interior de la CGT que a la postre significaron el “debilitamiento de nuestro movimiento” (Germen, Febrero de 1947, p. 8). De igual modo, hacían alusión al rol jugado por el Partido Comunista de Chile el cual era, según sus planteamientos, el responsable de “entregar la dirección sindical” a “elementos extranjeros controlados por Moscú” que actuaron durante mucho tiempo como “maestros de los bolcheviques chilenos” (Germen, Febrero de 1947, p. 11). En relación a la Guerra Civil y la revolución que estalló en España, en 1936, procesos en los que el anarcosindicalismo había jugado un importante rol “tonificando” el movimiento anarquista internacional, señalaron que la derrota del bando revolucionario por las tropas franquistas, en 1939, había provocado “decepción” y “escepticismo en no pocos elementos connotados del anarcosindicalismo chileno” (Germen, Febrero de 1947, p. 12). Sostenían, asimismo, que las dos “grandes guerras” (1914-1918 y 1939-1945), por su parte, había sido las responsables de “matar” toda ligazón internacional y la solidaridad del “proletariado mundial” al igual que las crisis económicas y morales posteriores a ellas, que, a decir de los anarquistas, hicieron “retroceder” a la humanidad

hundiéndola en la “inercia”, “desesperanza” y “corroyendo” la “fe revolucionaria de otros tiempos” (Germen, Febrero de 1947, p. 12). Finalmente, hacían alusión a la represión y aplastamiento del movimiento anarquista en Argentina, como consecuencia de la dictadura Uriburu, que los situó fuera de la ley, asesinó a sus mejores militantes y forzó al destierro a muchos otros, contribuyendo “grandemente” al “receso” del “movimiento nuestro en Chile” (Germen, Febrero de 1947, p. 12). Como puede apreciarse el anarquismo chileno era concebido por sus militantes como parte de una red internacional, de la cual se nutría y potenciaba, el cual en momento de baja influía en las dinámicas internas.

En el plano nacional, la comisión se refirió a la “arremetida del Estado” en el ámbito socio-laboral con la llegada al poder del León de Tarapacá, Arturo Alessandri Palma, en 1920, y de la “refundación” perpetrada en Chile por Carlos Ibáñez del Campo durante su régimen autoritario entre los años 1927 y 1931. En particular, destacaban la implementación de la Ley n°4054 (que habían combatido sin tregua) y, a las Cajas de Previsión en tanto se habían constituido en “el golpe maestro con que la reacción capitalista ha detenido por muchos años el movimiento revolucionario del proletariado chileno” (Germen, Febrero de 1947, p. 12). Respecto de Alessandri, lo sindicaban como el principal responsable de la Creación del Código del Trabajo (“un arma más efectiva que las masacres que mandó realizar durante su primer gobierno”) y, a Ibáñez del Campo, su ejecutor (además de legalizar los sindicatos), cuya tarea fue posible gracias a la represión y la conculcación de derechos que ya “habían echado raíces cuando volvimos del destierro y pudimos salir de la clandestinidad” (Germen, Febrero de 1947, p. 12).

La creación del Frente Popular era otro de los elementos a considerar para entender el “abandono” del proletariado respecto de las prácticas anarcosindicalistas, deslumbrado por las promesas de la revolución “a corto plazo”, en especial, las de su aliada sindical, la CTCh. Pero más importante aún, hacían alusión, desde un punto de vista autocrítico, a la nula capacidad del anarcosindicalismo chileno de constituir lo que denominaban “un sistema nervioso firme y cohesionado”, capaz de contener la “penetración legal y política” dentro de los organismos de los trabajadores no controlados por los anarquistas (Germen, Febrero de 1947, p. 12).

Todos los elementos antes señalados los llevaban a concluir sobre la urgente necesidad de “reaccionar” y de la responsabilidad que tenían los núcleos libertarios de mantener “el fuego sagrado de la Idea”. De lo contrario la CGT, seguiría siendo un conglomerado “amorfo”, “sin orientación”, que cualquiera podía “destruir” o “desquiciar”, es decir, llevarlo por el camino del “reformismo” (Germen, Febrero de 1947, p. 12). En relación a las disensiones generadas a comienzos de 1942 entre los diferentes bandos al interior del anarcosindicalismo criollo, señalaban que eran consecuencia del “desviacionismo” de “algunos compañeros” que

ahora estaban fuera de la organización y que gracias a la labor “excepcional” de anarquistas como Félix López y Juan Segundo Montoya, se habían salvado los principios de la confederación. Por último, y para evitar este tipo de situaciones, la comisión recomendaba que “ante casos de desviaciones” en el futuro se debían enviar los datos al Consejo Nacional, el cual sería el único organismo que tendría la “autoridad moral” de dirimir en aquellas situaciones complejas (Germen, Febrero de 1947, p. 12).

En relación a las “proyecciones” para robustecer a la CGT, la comisión encargada sugirió algunas recomendaciones de “orden práctico” como por ejemplo, que la militancia creara grupos que potenciaron la “cultura libertaria” y que, por consiguiente, aglutinaron a las fuerzas dispersas para realizar a la brevedad un Congreso Sindical Revolucionario. Para tal efecto, los congresistas debían designar un Consejo Nacional Provisorio, que debía ser “la expresión de la opinión más amplia de la organización de que es representación” (Germen, Febrero de 1947, p. 15). Asimismo, sugería la conformación de “delegaciones zonales” en las siguientes ciudades: Valparaíso, Santiago, Talca, Concepción, Osorno, Temuco, y “de ser posible” en La Serena, Antofagasta e Iquique, es decir, en el norte de Chile. Los “delegados zonales” debían ser elegidos entre los congresistas y su mandato sería efectivo hasta la reagrupación de la organización, cuyas bases debían proceder a anular ratificar a aquellos que fuesen depositarios de su confianza (Germen, Febrero de 1947, p. 15).

Para hacer más eficiente las tareas de reorganización y preparación del Congreso se acordaron las siguientes acciones: la publicación de un Boletín Interno de Orientación, la realización de giras de propaganda a través de todo el país, aprovechar los periódicos gremiales de las organizaciones libertarias socializando los acuerdos, las ideas y principios de la confederación, así como la difusión sistemática de prensa libertaria. Al finalizar la Conferencia Nacional de Militantes Libertarios, los asistentes saludaron al “Consejo de la AIT y expresa su esperanza de reintegrarse muy pronto como colectividad nacional anarcosindicalista organizada a la familia libertaria que trabaja en su seno y que tan gallardamente ha mantenido en los momentos más difíciles la esperanza en mejores días para la clase obrera explotada y oprimida por el régimen capitalista”. También declararon públicamente su solidaridad con el Movimiento Libertario Español y con los presos y perseguidos de Argentina y Bolivia (Germen, Febrero de 1947, p. 16).

Después de la celebración de Conferencia de Militantes Libertarios, el Consejo Nacional Provisorio de la CGT informó a través de su Boletín Interno que la Secretaría de Correspondencia, a cargo de Carlos Zamora (director del periódico Germen), había recibido un sinnúmero de comunicaciones del “norte y sur del país” en las cuales se manifestaba “optimismo” y, lo más importante, se ofrecía

ayuda para la preparación del Congreso a realizarse el mes de septiembre de 1947. De igual modo, se comunicaba la subdivisión del país en “zonas de propaganda” para realizar “giras” con la finalidad de propiciar la conformación de Federaciones Locales y, las denominadas, Vanguardias Sindicales, las cuales serían las encargadas de potenciar la organización sindical desenvolviéndose al margen de la influencia política (Germen, Marzo de 1947, p. 1).

El proceso de reorganización partió en las ciudades de Curicó, San Antonio, Santiago, Concepción y Talcahuano. En la capital, los estucadores, zapateros, gráficos, ladrilleros conformaron vanguardias sindicales para contribuir en el impulso reorganizativo (Germen, Marzo de 1947, p. 10). La creación de dichos organismos da cuenta de los esfuerzos del Comité Provisorio Nacional de la CGT en pos de la potenciar a la central (Germen, Abril-Mayo 1947, p. 7). En el “Boletín Interno para los Militantes Confederales y Libertarios”, se señalaba que desde la conferencia realizada en enero de 1947, el Consejo Nacional Provisorio (CNP) estaba haciendo “todo lo posible” por “cumplir la tarea” que se le había encomendado (Boletín Interno para los Militantes Confederales y Libertarios, Mayo de 1947, p. 2).

Durante el mes de julio de 1947, el Consejo Nacional Provisorio de la CGT envió al sur de Chile una delegación compuesta por Carlos Zamora, director del periódico *Germen*, y Gregorio Ortúzar, de amplia trayectoria sindical. La gira contempló las ciudades de Puerto Montt, Osorno, Valdivia, Temuco, Concepción, Chillán, Talca, Curicó y los poblados intermedios. Producto de esta amplia labor, el periódico bonaerense *Organización Obrera*, órgano de difusión de la Federación Obrera Regional Argentina (FORA-V Congreso) informaba respecto del proceso de rearticulación de la CGT en Chile (*Organización Obrera*, julio de 1947). Como consecuencia de este nuevo impulso reorganizativo Juan Segundo Montoya comenzó a publicar, el periódico *Vida Nueva* en la ciudad de Talca. En abril de 1942 había trasladado la imprenta desde la ciudad de Osorno la que le permitió poner de nuevo en circulación el líbello libertario intermitentemente entre los años 1942 y 1949 (*Vida Nueva*, 28 de Febrero de 1942, p. 1).

A modo de conclusión

A pesar de todos los esfuerzos desplegados por sus militantes, los procesos reorganizativos de la CGT se vieron truncados ya que en las postrimerías de la década del 1940, los anarquistas serán perseguidos producto del apoyo que le brindaron a la huelga de los obreros del carbón (en 1947) y por sus críticas a la represión del gobierno del radical Gabriel González Videla (*Vida Nueva*, 22 de Noviembre de 1947, p. 18). Tras la implementación de la “Ley Maldita” (como fue

denominada por los comunistas la Ley de Defensa Permanente de la Democracia), en 1948, el movimiento de trabajadores en Chile será golpeado, en especial los militantes del Partido Comunista y, en menor medida, los anarquistas, anarcosindicalistas y sindicalistas revolucionarios (Vida Nueva, 5 de Febrero de 1949, p. 1). Los anarquistas señalaban que la “nefasta ley” se constituía en una “grave amenaza” para quienes luchaban contra los malos manejos de los gobernantes y la explotación del régimen capitalista. Por consiguiente, debía ser derogada por “respeto a los derechos ciudadanos y por dignidad democrática” (Vida Nueva, 5 de Febrero de 1949, p. 15).

En este aciago contexto, los anarquistas aún seguían llamando a la militancia cegetista a reorganizarse y proseguir en la lucha, pero desde la Conferencia de Militantes realizada (finalmente) en octubre de 1947, la dispersión de los grupos, salvo excepciones, era dramática. En medio de esta crisis, que comenzó a manifestarse desde fines de la década de 1930, surgieron “algunas voces a favor de levantar una nueva entidad que reuniera a todos los trabajadores y trabajadoras” al margen de los partidos políticos (Muñoz, 2013, pp. 135). Desde el sur de Chile, Juan Segundo Montoya fue una de esas voces. A partir 1946, comenzó a abogar por la creación de una Central Sindicalista Revolucionaria (Vida Nueva, 31 de Agosto de 1946, p. 2). Pero no será el único, durante los últimos años de la década de 1940, varios militantes del universo libertario reflexionaron en torno a un eventual proceso unificador de organizaciones sindicales autónomas. No obstante, algunos militantes se mostraron suspicaces. Desde la ciudad de Rancagua, Jorge Veraclis, señalaba que “el voceamiento reiterado de la Unidad, en los grupos con elementos dispares en su cultura y en su moral humana no pasa de ser una artificiosa pirueta verbal dañina, tanto como los elementos políticos que la emplean para sus fines tan conocidos” (Germen, Abril-Mayo de 1947, p. 35). Para Veraclis, “la Unidad para que sea tal, hay que crearla con el ejemplo y asentarla en la conducta, para que trascienda y se haga conducta en los demás. La identificación ha de producirse por la manifestación viva, deslindada de imposiciones y correspondiendo a una integralidad entre el pensar y el sentir; que haya superación en la teoría para que en la acción, en el hacer, ambas vivencias sean paralelas” (Germen, Abril-Mayo de 1947, p. 35).

En el último congreso de la CGT realizado los días 27 y 28 de marzo de 1948 se aprobó la sugerencia de la Federación Nacional del Cuero y Calzado (FONACC) de crear una Central Única con la finalidad de evitar el asilamiento (Germen, Abril-Mayo de 1947, p.). En este contexto, irrumpió con fuerza la figura de Ernesto Miranda (1910-1978), Secretario General de la FONACC, quién propició una línea de acción práctica y pragmática, basada en una política unitaria de los trabajadores para enfrentarse al capitalismo y al Estado.

De este modo, los planteamientos unificadores de Montoya, y de otros, como el mismo Miranda, irán poco a poco materializándose. Proceso que, tras arduas discusiones y deliberaciones, permitió la creación del Movimiento Unitario Nacional de Trabajadores (MUNT) durante el mes de junio 1950, antecedente directo de la Central Única de Trabajadores (CUT). Pero ¿quiénes confluyeron en el MUNT? A decir de Francisco Peña (2014, p. 7), esta instancia fue promovida por los gremios pertenecientes a la CGT y por la FONACC y su objetivo era “terminar con las viejas prácticas del reformismo sindical” y “desterrar para siempre el tutelaje político y gubernista de las organizaciones sindicales”.

Con esta sensibilidad, los gremios adheridos al MUNT se agruparon con otros en la Comisión Nacional de Unidad Sindical el 1° de mayo de 1952 y en conjunto coordinaron la creación de la Central Única de Trabajadores (CUT) el mes de febrero de 1953 (Muñoz, 2013, pp. 136). En aquella organización, Juan Segundo Montoya, y otros reconocidos anarcosindicalistas, se desempeñarán como secretarios regionales hasta su automarginación en el año 1957. Desde ese momento comenzaría el “largo invierno” del anarquismo chileno hasta su rearticulación durante la dictadura de Pinochet (Godoy, 2020, pp. 117-141).

Referencias bibliográficas

Periódicos:

La Protesta. Santiago (1938-1941).

Vida Nueva. Osorno (1934-1942) y Talca (1946-1949).

Germen. Santiago (1945-1947).

Liberación. Santiago (1940-1942 y 1949).

Tierra y Libertad. Santiago (1943-1944).

Boletín Interno para los Militantes Confederales y Libertarios. Talca (1943). Disponible en el Instituto de Historia Social de Ámsterdam (Holanda).

Libros, tesis y artículos:

Allende, S. (2013). *Entre zapatos, libros, serruchos. Anarquismo y anarcosindicalismo en Chile (1920-1950)*. Santiago: Autoedición.

- Godoy, E. (2014). *Juan Segundo Montoya. La consecuencia de un anarcosindicalista y naturista libertario en Chile*. Santiago: Editorial USACH.
- Godoy, E. (2016). *Historia e historiografía del anarquismo en Chile (1980-2015)*. En Cuadernos de Historia (N°44), 101-137.
- Godoy, E. (2020). *Llamadas de rebelión. Breve historia del anarquismo en Chile (1890-2000)*. Santiago: Editorial Eleuterio.
- Lagos, A. (2001). "El anarcosindicalismo en Chile durante la década de 1950". Tesis para optar al grado académico de Licenciado en Historia. Santiago: Universidad de Chile.
- Lizama, R. (2020). *Autoeducación, disciplina y solidaridad. La cultura política anarcosindicalista en la Unión en Resistencia de Estucadores de Santiago (1936-1941)*. Santiago: Ediciones El Andamio-SINTEC.
- Moulián, T. (2009). *Contradicciones del desarrollo político chileno, 1920-1990*. Santiago: LOM-Editorial ARCIS.
- Muñoz, V. (2013). *Sin dios ni patrones. Historia, diversidad y conflictos del anarquismo en la región chilena (1890-1990)*. Valparaíso: Mar y Tierra Ediciones.
- Peña, F. (2014). "Anarcosindicalismo en Chile (1957-1965)". Tesis para optar el Título de Profesor de Historia y Geografía. Santiago: UMCE.
- Quiroga, P. (2014). "Desencanto, autonomía y politización: el discurso del anarquismo en la sociedad chilena post-dictadura (1990-2010)". Tesis para optar al grado académico de Magíster en Historia mención Historia de Chile: Santiago, Universidad de Santiago de Chile.
- Quiroga, P. (2005). "La diversidad anarquista: Santiago, 1990-2005". Informe de seminario de grado de Licenciado en Historia. Santiago: Universidad de Chile.
- Reyes, C. (2017). *El anarquismo actual en Chile. La experiencia personal y social de individuos anarquistas*. Santiago: Ceibo Ediciones.